

II Congreso de Historia Económica
Facultad de Economía-UNAM
27-29 de octubre de 2004

SIMPOSIO TEMÁTICO
La historia económica en la perspectiva
arqueológico-industrial
Coordinadores: Sergio Niccolai y Teresa Márquez

RESUMEN

Francisco Zapata, "Arqueología de la conciencia obrera"

Contrariamente a la imagen que remite la conciencia obrera al conflicto de clases en el capitalismo, en América Latina y en México, dicha conciencia debe incluir, además de esa dimensión, elementos asociados a los procesos específicos de la formación de la clase obrera como son: (a) el origen rural y la ramificaciones étnicas de dicho origen en la clase obrera; (b) la experiencia traumática del espacio fabril o minero; (c) la redefinición de los mecanismos de toma de decisión como son los usos y costumbres en las formas que asume la acción sindical y política. Con esas premisas, la ponencia busca elaborar una discusión sobre los componentes de la conciencia obrera, que podrían asimilarse a una arqueología de ésta en espacios productivos como la minería o al siderurgia ubicados en México, pero también en Bolivia, Chile y Perú.

Francisco Zapata Schaffeld (1943). Profesor-investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, Tlalpan, 10740 México D.F. Tel. (52-55-5449-3000 ext. 4125. E-mail: zapata@colmex.mx

EL COLEGIO DE MÉXICO
Centro de Estudios Sociológicos

Arqueología de la conciencia obrera¹

Francisco Zapata²
El Colegio de México

BORRADOR PRELIMINAR

¹Para ser presentado en el II Congreso de Historia Económica, Facultad de Economía-Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 27-29 de octubre de 2004. Simposio Temático: La historia económica en la perspectiva arqueológico-industrial. Coordinadores: Sergio Niccolai y Teresa Márquez.

²Profesor-investigador del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, Tlalpan, 10740 México D.F. Tel. (52-55) 5449-3000 ext. 4125. E-mail: zapata@colmex.mx

El uso de la metáfora arqueológica para estudiar un fenómeno esencialmente no material como es el de la conciencia obrera implica reconocer lo inusitado de la pregunta: en efecto, esa interrogante podría suponer que dicho fenómeno puede estudiarse utilizando esa metáfora, lo cual implica que está "enterrado", o que existe "virtualmente" en las "profundidades" del devenir social, que no tiene una vigencia activa en el análisis de las relaciones de trabajo en la vida actual, que los sujetos históricos de la producción capitalista ya no son susceptibles de poseer ese componente. Supone, en suma, que la conciencia obrera equivale a algo pretérito, hasta cierto punto muerto³.

Sin embargo, el uso de esa metáfora puede conformar una caracterización totalmente diferente del fenómeno de la conciencia obrera. En efecto, puede significar no tanto que ese fenómeno haya desaparecido del devenir de las relaciones de trabajo, sino que su composición es mucho más compleja de lo que hasta ahora se ha pensado. Así, contrariamente a la imagen que remite el surgimiento y el desarrollo de la conciencia obrera al conflicto de clases en el capitalismo clásico, dicha conciencia puede incluir, en otros contextos sociales e históricos, en vez de o además de esa dimensión, elementos asociados a otros procesos específicos de la formación de la clase obrera.

Esta segunda perspectiva de la arqueología de la conciencia obrera nos conduce hacia un análisis sincrónico de la conciencia obrera. No se trata entonces de una visión inserta en una imagen diacrónica, dinámica, procesual sino de una postura que busca determinar los componentes estructurales de dicho fenómeno en contextos económicos diversos como son los de algunos sectores productivos y en contextos culturales y políticos diversos. No se trata entonces de la reconstrucción histórica del proceso de formación de la conciencia obrera sino de su conformación en términos estructurales, al

³Se piden disculpas por adelantado por esta descripción un tanto primitiva de la visión arqueológica. No obstante, es simplemente un recurso para ejemplificar el problema que me debí plantear al iniciar esta reflexión.

día de hoy.

En este sentido, consideramos que esta perspectiva se adecua a la definición de arqueología industrial planteada para esta discusión, en la que se trata de comprender las especificidades del fenómeno industrial en un territorio determinado, valorar su importancia histórica y la de sus vestigios, buscar la forma de valorizar, conservar o reutilizar una porción significativa de ellos. En lo que respecta la conciencia obrera, se trataría de comprenderla dentro de esos parámetros.

Dicho de otra manera, veremos a la conciencia obrera como producto de una sedimentación de diversos factores, objetivos y subjetivos, que están operando en un momento determinado en la visión que los trabajadores pueden tener acerca de si mismos y de su condición. En esa sedimentación interactúan la trayectoria de trabajo individual y su inserción en una generación (o en varias generaciones de trabajadores) con la cultura, la personalidad y la vida de trabajo.

La conciencia obrera que queremos analizar equivale entonces a la percepción de la íntima solidaridad que existe entre aquellos que ocuparon y ocupan una posición de clase equivalente.

Entonces, la arqueología de dicha conciencia equivale, en primer lugar, a la identificación de esos diversos sedimentos, articulados en el espacio de la vivencia de los que tuvieron una vida de trabajo en un nivel subordinado, explotado, sujeto a sistemas de poder exteriores.

Ésta será la perspectiva que adoptaremos en esta reflexión orientada a determinar las características de los componentes de la conciencia obrera a partir de una reflexión general y también de casos situados en la minería de Bolivia, Chile y Perú. Sin embargo antes de proceder a realizar esta tarea debemos delinear, aunque sea someramente, la constitución de la identidad obrera alrededor del puesto de trabajo y la descomposición de la identidad obrera y la individuación de la conciencia, momentos que se identifican

estrechamente con dos períodos de la evolución del fenómeno capitalista.

I. La constitución de la identidad obrera alrededor del puesto de trabajo ("job-control").

En general, la transformación que dio lugar a expresiones incipientes de la conciencia obrera fue la migración masiva del campo a la ciudad, del ámbito rural al ámbito urbano. Por otro lado, tuvo que ver con la ruptura con el mundo del artesano, agente de un oficio, que se dio cuando apareció la fábrica como unidad productiva central en el capitalismo. Junto con estas dos transformaciones y en estrecha relación con la organización de la producción y del trabajo de acuerdo al paradigma taylorista-fordista se generaron las condiciones de la aparición del proletariado como actor de clase.

Desde mediados del siglo XIX⁴ y hasta la década de los años 20's del siglo XX en Europa y en Estados Unidos esas transformaciones se generalizaron. El tránsito del predominio del oficio a la manufactura mecanizada, a la par que rompía con el orden social rural que daba lugar a una intensificación de la migración rural-urbana, generaba toda una serie de efectos que, combinados, dieron lugar a la conciencia del "puesto de trabajo" (job). Esa conciencia rigió durante casi todo el siglo XX: fue el mundo del empleo estable, de la contratación colectiva del trabajo, de la burocratización de las reglas de funcionamiento de las empresas, de las jerarquías, de la regulación de los mercados internos de trabajo.

En este contexto, las normas de adaptación a la vida industrial y urbana y la socialización ideológica y política de los trabajadores desempeñaron un papel central en la determinación de esa conciencia.

Otra dimensión importante que jugó un papel en el desarrollo de la conciencia obrera fue la relación entre trabajador y la tecnología, que, en términos más precisos fue la relación hombre-máquina. En efecto, en ese proceso, los obreros tuvieron que ajustarse a

⁴Véase, Karl Polanyi, *The great transformation*, New York, Farrar and Rinehart, 1944.

la disciplina del taller, dominado por máquinas y equipos mecanizados. Aprendieron no sólo nuevos oficios y calificaciones sino que debieron disciplinarse para realizar el trabajo en el lugar, el tiempo y las formas que maximizaran la producción. Las máquinas, al dictar la dirección y el ritmo del trabajo, le expropiaron a los trabajadores el control de sus movimientos físicos. Así, fueron los empleadores, los jefes, los supervisores y los capataces que pusieron en práctica mecanismos para el uso óptimo de las máquinas.

También, se desarrollaron nuevas necesidades organizacionales que surgieron para disciplinar y supervisar a los trabajadores y coordinar sus actividades. La burocratización resultante de las tareas acompañó la aparición de relaciones sociales despersonalizadas, sujetas a líneas de autoridad formales. La fábrica asumió reglas que conformaron formas racionales de gobierno que reemplazaron rápidamente a los sistemas tradicionales de autoridad. Este nuevo sistema, al despersonalizar las relaciones entre jefes y subordinados dio lugar a la aparición de jerarquías que progresivamente concentraron la autoridad en los niveles más altos de la empresa. El ejercicio de la autoridad se hizo invisible y dio lugar a conflictos entre obreros y supervisores sobre el control del proceso de trabajo. Desaparecieron los intereses comunes entre trabajadores y empleadores, y se hicieron cada vez frecuentes los conflictos.

La separación estructural de los intereses de trabajadores y empleadores fue la condición necesaria para el surgimiento del sindicalismo que buscó, a través de la burocratización, defender los intereses de los trabajadores regulando las condiciones de trabajo, los niveles de salario y otros beneficios (horarios de trabajo, tabuladores salariales, definición de tareas, descansos, vacaciones, permisos por enfermedad, pensiones). El sindicalismo contribuyó a generar un sistema de expectativas recíprocas que permitió institucionalizar los vínculos entre trabajadores y empleadores.

Una de las consecuencias más significativas del desarrollo de este sistema de expectativas fue la estabilización de los niveles de empleo, el que se hizo permanente.

Podían haber despidos pero éstos eran esporádicos y poco frecuentes: al contrario, lo más significativo fue la expansión del empleo manufacturero. Ello fue la contraparte de la pérdida de la autonomía obrera: los trabajadores perdieron esa autonomía y a cambio obtuvieron salarios garantizados, estabilidad en el empleo y un paquete de prestaciones materiales que fueron añadidos al componente monetario de la remuneración.

Este fue el momento constitutivo de la conciencia obrera. Sin embargo, existen desviaciones del modelo clásico cuyas implicaciones son sustantivas.

Por ejemplo, pensando en algunos países latinoamericanos y en México en particular, existen otros elementos que contribuyen a complicar la conceptualización de la conciencia obrera, como pueden ser el impacto de las ramificaciones étnicas del origen predominantemente rural de la clase obrera. la experiencia traumática que pueden vivir los campesinos-indígenas en el espacio fabril o minero (por ejemplo en el carácter subterráneo del trabajo en las minas o el contacto con altísimas temperaturas en las fundiciones), el aprendizaje del uso de herramientas de gran tamaño manejadas por instrumentos, o a través de la electricidad y la internalización de formas de producir completamente distintas a las que imperaban en el trabajo agrícola, la redefinición de los mecanismos de toma de decisión como son los usos y costumbres en las formas que asume la autoridad empresarial o la acción sindical y política.

Por lo que, el desarrollo capitalista durante el siglo XX contribuyó, junto a la acumulación de capital, a la conformación del fenómeno de la conciencia obrera. Desde fines del siglo XIX, los obreros calificados en que se habían transformado los artesanos lograron mantener un alto grado de control sobre el acceso a los puestos de trabajo y sobre los requisitos que se debían tener para desempeñarlos⁵. Asimismo, se gestó progresivamente un clima de conflicto que definió a los empresarios y patrones como

⁵Véase Selig Perlman, *A theory of the labor movement*, 1928.

adversarios de los obreros. Los obreros calificados lograron situar ese conflicto en el ámbito económico primero y en el ámbito político después. Ese conflicto tuvo ramificaciones en cuanto los sindicatos tuvieron éxito en organizar a los obreros en sectores críticos de la economía capitalista, el transporte ferroviario, la minería, la siderurgia, el transporte público en las ciudades, los empleados de los servicios públicos.

Apareció, después del principio de identidad obrera, un principio de oposición que definió a los obreros como adversarios de los capitalistas. Así, lo que fuera una conciencia obrera fue transformándose en una conciencia de clase, en una identidad que trascendía los límites estrechos de una localidad, una fábrica o empresa o de un sector para abarcar al conjunto de la categoría obrera, que en algunos casos pasó a denominarse proletariado.

Las relaciones entre la clase obrera y la burguesía capitalista dieron lugar al fenómeno de la lucha de clases en la que la conciencia se desdobló en dos: por un lado, la conciencia de productor (el oficio) y por el otro la conciencia de explotado (el proletario). La tensión equivalente entre estos dos elementos de la conciencia obrera fue equivalente a la tensión existente entre sindicalismo (identificado con los elementos negociables que buscan bloquear una industrialización que se hiciera a expensas de los trabajadores) y movimiento obrero (identificado con los elementos no negociables en donde se trataba de transformar a la sociedad capitalista).

Esta oposición entre el productor y el proletario, entre el movimiento obrero y el sindicalismo articuló las demandas en favor de la autonomía obrera, la lucha por mejores salarios, el logro de la racionalidad económica y la lucha por transformar las relaciones de poder. Fue la época en que surgió la lógica de la sociedad industrial como espacio en que se desarrollaron los intereses de burgueses y proletarios, de obreros y "managers". Esa lógica empezó a ser desplazada hacia fines de los años 80's del siglo XX y dio lugar a una nueva en la que casi todos los aspectos reseñados hasta aquí entraron en una crisis

profunda, que se puede caracterizar sintéticamente en el fenómeno de la desaparición de la conciencia del puesto del trabajo, la muerte del "job"⁶.

II. La descomposición de la identidad obrera y la individuación de la conciencia.

Analíticamente hablando, el cambio central que caracteriza el nuevo período es la sustitución de los sistemas mecánicos que gobernaron la lógica productiva durante gran parte del siglo XX por sistemas electrónicos basados en los microprocesadores. Dichos sistemas son muy flexibles, se pueden ajustar en tiempo real, son más confiables en términos de la calidad de los productos, eliminan el cansancio, el tedio y optimizan el control sobre los procesos productivos⁷.

No obstante, la plataforma de la producción capitalista (por ejemplo la cadena de montaje, o los métodos de producción manufacturera) no se modifica sustantivamente: lo que transforma son las formas de control de los procesos productivos. Es decir, los automóviles se siguen armando, el acero sigue fundiéndose en altos hornos, las telas se siguen hilando en telares, etc...Sin embargo, la cadena de montaje, el alto horno y los telares son controlados electrónicamente. Incluso actividades como el diagnóstico médico, los juicios legales, las reservaciones aéreas, se realizan a través del uso de instrumentos regulados por los microprocesadores.

Todo lo anterior redundaba en incrementos exponenciales de la productividad del trabajo y acarrea una reducción estructural del empleo en la industria, Entre 1979 y 1983, 5.1 millones de trabajadores fueron desplazados definitivamente, de los cuales la mayor parte eran obreros de la manufactura. Hacia 1996, habían desaparecido más de 43

⁶Véase, William Bridges, "The end of the job", Fortune, 19 de septiembre de 1994. También George J. Church, "Jobs in an age of insecurity", Time, 22 de noviembre de 1993.

⁷Lo que sigue está basado principalmente en Ida Harper Simpson, "Historical patterns of workplace organization. From mechanical to electronic control and beyond", Current Sociology, vol. 47, núm. 2, abril de 1999. También, Simon Head, The new ruthless economy. Work and power in the digital age, Oxford University Press, 2003.

millones de puestos de trabajo. Esto contribuyó a la reducción del número promedio de trabajadores por establecimiento.

Entre 1977 y 1992, en la industria automotriz norteamericana, ese promedio bajó de 2.440 a 1.200 trabajadores por establecimiento mientras el valor agregado promedio por trabajador (en dólares constantes) aumentó de 95.3 a 234.2 millones de dólares (146 por ciento). La reducción de los puestos de trabajo fijos afectó negativamente a los trabajos de precisión, a los oficios orientados a la reparación, a los operadores y a los jornaleros y a los trabajadores mayores de 50 años mientras que favorecía a los profesionales y los administradores ("managers"), a los técnicos y al personal administrativo.

Esta reducción del empleo fijo fue masiva y no se caracterizó por afectar a individuos particulares. Afectó a categorías completas de empleos: a los trabajadores que se encontraban cerca de la edad de jubilación, a aquellos que se encontraban en plantas geográficamente desplazadas o cerradas. Reflejó la supresión del trabajo por turnos y la liquidación total de ciertas tareas en los procesos de trabajo.

Este proceso de "downsizing" (en términos literales, "rebaja del tamaño") ocurrió, paradójicamente, en un momento de expansión económica (1985-2000), lo que implicó que la reducción del número de puestos de trabajo (o empleos fijos) debe explicarse por factores distintos a las condiciones imperantes en el mercado como pueden ser la competencia internacional o las fusiones que obligaron a realizar despidos. La reducción del empleo fijo se institucionalizó como estrategia empresarial para controlar al factor trabajo y fue independiente de las fluctuaciones del mercado.

El resultado de este proceso sobre la conciencia obrera no se dejó esperar. Cambió el significado del trabajo. El énfasis en la lógica del control contribuyó a la desburocratización de las organizaciones. La reducción de los empleos fijos abrió una lógica basada en la subcontratación ("outsourcing"), en la precarización de las tareas, en la

desarticulación entre el lugar de trabajo y la organización empleadora. Puede afirmarse que se pasó del control burocrático al control técnico de los puestos de trabajo.

También empezó a socavarse la relevancia del sindicato como factor de la regulación de las relaciones de trabajo en la empresa. Al desaparecer las normas de trabajo que regulaban la carrera de trabajo se cuestionó la institucionalidad de las relaciones de trabajo que había tenido lugar con la contratación colectiva. Se rompieron los lazos entre los trabajadores y las empresas. En la medida que se rompió con la idea de la carrera laboral, se incrementó la incertidumbre y se desestabilizó la fuerza de trabajo.

III. Los factores constitutivos de la conciencia obrera.

Las evidencias presentadas no hacen sino confirmar que las condiciones de emergencia de la conciencia obrera se han transformado radicalmente en los últimos veinte años. Lo que fuera una constelación ligada estrechamente al aparato productivo industrial, a los procesos de trabajo manuales ha devenido en un complejo ligado a controles administrados electrónicamente en los que el trabajador interviene muy poco, limitándose a desarrollar tareas en las que su habilidad manual o su oficio desapareció y fue reemplazada por el manejo de símbolos. A partir de esta constatación podemos abordar la hipótesis que anunciábamos al inicio de este trabajo: el carácter sedimentado que asume la conciencia obrera que en vez de experimentar rupturas se va conformando como un conjunto de elementos que se superponen los unos a los otros y que juegan papeles diferenciados de acuerdo con los desafíos que deben enfrentar los trabajadores en las nuevas condiciones productivas.

Una enumeración simple de los diversos factores mencionados hasta aquí indica que en ese complejo denominado conciencia obrera contiene estos sedimentos, entre muchos otros:

- la experiencia de la migración del campo a las minas, a los complejos agro-industriales, a las ciudades, al empleo fabril y al empleo de cuello blanco y el

- sentimiento de desarraigo que la acompaña;
- la descomposición del oficio como calificación central del trabajo y la consecuente pérdida del status que estaba asociado a su maestría en la figura del "artesano";
- las formas de adaptación a la vida de la mina, de la fábrica, de la ciudad, de la oficina;
- la socialización ideológico-política inducida por la prensa obrera, las luchas obreras y más tarde por la negociación de la contratación colectiva del trabajo;
- el desafío que el progreso tecnológico significó para los artesanos que tenían el control del "oficio";
- la experiencia de los efectos del disciplinamiento, de la supervisión, del "orden fabril" sobre las actitudes obreras;
- la internalización de la reglamentación de todos los aspectos de la vida cotidiana en la mina, de la hacienda agro-industrial, la fábrica, la oficina y en el segundo período su control por medio de métodos virtuales;
- el papel del origen étnico de los que fueron a la vez campesinos, mineros, obreros, empleados e indígenas;
- la redefinición de los mecanismos de toma de decisión en el taller, etc...

De acuerdo con la postura sincrónica que hemos asumido en relación a la metáfora arqueológica de la conciencia obrera, postularemos que estos factores se organizan de acuerdo a los problemas que enfrentan los trabajadores. De esa manera, algunos de los factores son rescatados por la conciencia obrera y decantados en esos momentos para servir de herramienta par hacer frente a esos problemas. Operan como un menú de opciones de acuerdo a las cuales los trabajadores están en condiciones para conformarse como sujetos y no como meros objetos de las circunstancias. Esto permite interpretar las formas que asume la conciencia obrera en determinados sectores productivos.

Aquí, enfocaremos en particular a la minería andina en países como Bolivia, Chile y Perú para ilustrar la forma en que la conciencia obrera sirve de punto de apoyo para el desarrollo de la acción obrera.

IV. La conciencia obrera de los mineros de Bolivia, Chile y Perú.

Después de 1970, varios estudios acerca del conflicto minero descartaron:

(a) que las huelgas en las minas pudieran explicarse sólo por el aislamiento geográfico y

(b) que la connotación del conflicto tuviera bases exclusivamente políticas.

Estudios como los de Flores Galindo (1974), Laite (1980) y DeWind (1986) impugnaron la idea según la cual el conflicto en las minas pudieran explicarse en función de la defensa de intereses políticos generados en el contexto de la comunidad minera⁸. Esas investigaciones cuestionaron que los mineros defendieran intereses exclusivamente "proletarios", enmarcados dentro de posturas ideológicas derivadas del marxismo y de sus connotaciones nacionales.

Contrariamente a esa hipótesis, De Wind planteó que era necesario interrogarse acerca del verdadero grado de proletarización que existía en las minas en el momento constitutivo de los núcleos obreros. También, indica que era necesario definir las características sociales y culturales de los mineros, antes de poder imputar un sentido clasista a la conciencia obrera minera.

A partir de un minucioso análisis del papel que desempeñó el trabajo en las minas para la población quechua de la Sierra Central del Perú, nos explica que la inserción laboral de esa población en la minas tenía mucho más que ver con las preocupaciones de

⁸Veáse Alberto Flores Galindo, Obras completas, Lima, 1994: A.J.Laite, "Industrialization, migration and social stratification at the periphery: a case study in the Peruvian Andes", *The Sociological Review*, vol. 26, núm. 4, noviembre de 1978; Josh DeWind, "De campesinos a mineros: el origen de las huelgas en las minas peruanas", *Estudios Andinos*, vol. IV, núm 2, 1976-77.

los indígenas en tanto campesinos que en tanto proletarios en formación.

Así, la disponibilidad de los campesinos para ser enganchados por los agentes reclutadores de la Cerro de Pasco derivó de una creciente necesidad de dinero en efectivo creada por la comercialización de la tierra, del trabajo y de los productos de la economía de subsistencia. Esto se vio confirmado por la composición del empleo de la Cerro de Pasco, mayoritariamente compuesta de enganchados en la década de los años veinte.

El trabajo en las minas daba a los campesinos la posibilidad de ahorrar, de obtener una cierta calificación (sobre todo el aprender a leer y escribir y en algunos casos un oficio) y el establecimiento de redes que les permitieran escapar de la disciplina industrial impuesta por los empresarios y así evitar su proletarización.

DeWind argumenta que las motivaciones del conflicto minero se ramificaron entonces a las presiones que los mineros experimentaban desde sus comunidades de origen para llevar dinero en efectivo que permitiera sufragar los gastos de la parcela en vez de ser un reflejo del deterioro de las condiciones de trabajo en las minas.

Incluso, las dificultades que experimentaron los partidos para obtener el apoyo electoral de los mineros pudo encontrar una explicación en los significados de la conciencia obrera en las minas.

Este análisis nos remite a una cuestión central en la caracterización del proceso de formación de la conciencia obrera en las minas. Se trata de su carácter migrante.

En efecto, y esto no se refiere sólo al carácter que asumió el reclutamiento de la fuerza de trabajo en el Perú, sino también en Bolivia y Chile, en dónde el origen campesino de los mineros moldeó su comportamiento social a la vez que modificó la trayectoria de su proletarización.

El ser campesinos-mineros fue el resultado del tipo de reclutamiento de la fuerza de trabajo, centrado en el enganche, voluntario o involuntario (como fue el caso de los chinos). El enganche asumió formas relativamente suaves en la medida que los

campesinos-mineros conservaron estrechos lazos con sus comunidades de origen e incluso pudieron desistir de seguir trabajando en las minas y así volver a su vocación campesina original. El enganche también implicó que los campesinos-mineros desarrollaran una lógica instrumental en relación al trabajo en las minas manteniendo así la centralidad del trabajo rural en sus vidas y en sus conciencias.

Además, en Bolivia y Perú, esos campesinos-mineros migrantes tuvieron un fuerte componente étnico que agregó un matiz adicional al análisis del sentido que el trabajo minero podía tener para quechuas y áymaras enganchados por las compañías mineras. Por lo cual, los mineros no fueron sólo campesinos sino que fueron a la vez campesinos, indígenas y mineros, todo combinado en una conciencia multifacética. Este componente campesino puede proyectarse en el análisis del comportamiento electoral de los mineros.

Otra característica que se suma al carácter migrante de la fuerza de trabajo en las minas es el hecho que las empresas mineras fueran de propiedad foránea. Así, el trabajo en las minas no sólo tuvo connotaciones instrumentales para los campesinos sino que también sirvió de base para el desarrollo de una identidad nacional.

Hay que recordar aquí el trabajo de Heraclio Bonilla⁹ (1974) en donde resaltó la ausencia de identidad nacional por parte de los campesinos de la Sierra Central del Perú durante la Guerra del Pacífico: fue solo a partir de las primeras décadas del siglo XX y a través de su incorporación al trabajo en empresas extranjeras que ellos pudieron identificarse como peruanos.

En Bolivia y Chile procesos similares estuvieron ligados a la implantación del servicio militar obligatorio que también contribuyó al desarrollo de esa identidad nacional. Vale la pena guardar en mente este aspecto de la formación de una clase obrera en las minas porque volverá a constituir un tema polémico durante el período en que las minas

⁹Heraclio Bonilla, *El minero de los Andes*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.

de los tres países fueron nacionalizadas (Bolivia (estaño): 1952; Chile (cobre):1971; Perú (cobre, hierro): 1974). Esta dimensión contribuyó al desarrollo de una identidad nacional que coexistió con la campesina y la indígena haciendo todavía más complejo el proceso de constitución de una conciencia obrera en las minas del Altiplano boliviano, del desierto de Atacama en Chile y de la Sierra Central del Perú.

Aquí, las contribuciones de Baros, Finn, Latcham y Klubock son centrales. Los estudios de Baros y Klubock acerca de las prácticas del departamento de bienestar de la Kennecott Copper Corporation en la mina de El Teniente muestran cómo el disciplinamiento de la vida familiar y de la institución matrimonial contribuyó a la estabilización de los obreros de esa mina¹⁰.

A la vez, muestran cómo ese mismo proceso contribuyó al desarrollo de la acción sindical y planteó las bases del conflicto laboral.

De igual forma al caso peruano, los campesinos del Valle Central de Chile (provincias de O'Higgins y Colchagua), al incorporarse a El Teniente, y los campesinos del Norte Chico (provincias de Atacama, Coquimbo y Aconcagua), al incorporarse a Chuquicamata, que son objeto de los estudios de Finn y Latcham, no solo adquirieron un sentido de pertenencia a la comunidad minera sino que también se identificaron como ciudadanos que podían presionar al Estado chileno para impulsar sus propias demandas, en particular durante los gobiernos del Frente Popular (1938-1948).

Vale la pena agregar que las estrategias de la Anaconda Copper Corporation tuvieron también el objetivo de reducir la rotación laboral y "fijar" la fuerza de trabajo en esa mina en la década de los veinte.

¹⁰Veáse, María Celia Baros, *El Teniente. Los hombres del mineral: 1905-1995*, dos tomos, Santiago, edición de la autora, 1995; Janet Leigh Finn, "Mining community, the cultural politics of copper, class and gender in Butte (Montana) and Chuquicamata (Chile), Ph. Dissertation, 1998; Thomas M. Klubock, *Contested communities. Class, gender and politics in Chile's El Teniente copper mine, 1904-1951*, Duke University Press, 1998; Ricardo Latcham, *Chuquicamata: estado yanqui*, Santiago, Editorial Nascimento, 1926.

Así, si bien por un lado las empresas contribuyeron a la consolidación de una comunidad minera, proceso en el cual las políticas orientadas hacia la familia jugaron un papel central, a la vez el carácter foráneo de la empresa y la radicalización del espacio político chileno contribuyeron a crear una identidad nacional que asumirá a veces un discurso anti-imperialista que los mineros compartieron con otras categorías sociales del Chile de la década de 1930.

V. Algunas conclusiones provisionales.

De lo planteado hasta ahora respecto del proceso de formación de las comunidades mineras, sobresalen el componente campesino, el origen étnico, las políticas empresariales y el carácter foráneo de las compañías mineras. Estos cuatro factores organizaron la conciencia obrera de los mineros. Su identificación por las investigaciones mencionadas modificó la percepción que se tenía en la década de los sesentas acerca de las características sociales de los mineros.

En primer lugar, la identificación de esos factores obligó a revalorizar la naturaleza de la conciencia obrera en las minas, al incorporar nuevos elementos que matizaron considerablemente la visión centrada exclusivamente en la proletarización. Sin adherir en forma absoluta a los análisis que descartaron al aislamiento geográfico como elemento central de la constitución de un sistema de relaciones sociales en el cual descansaba la conciencia proletaria en las minas, es indudable que debemos matizarla incorporando los factores mencionados pues operaron junto ese aislamiento para explicar la violencia del conflicto laboral, el radicalismo de las huelgas, y la formas de participación electoral.

En segundo lugar, la consideración de las políticas de las empresas para estabilizar a la mano de obra introdujeron asuntos como el del papel de las mujeres en las minas y en particular la importancia que tuvo para las empresas como la Cerro de Pasco, la Anaconda o la Kennecott, diseñar políticas de integración social centradas en el apoyo a la regularización de los matrimonios y al fortalecimiento de la familia.

Esas estrategias, descritas tanto por Klubock como por Finn (citados más arriba) muestran que la constitución de la comunidad minera no resultó solo del aislamiento geográfico sino también de iniciativas deliberadas como las que desarrollaron las empresas mineras.

En tercer lugar, la propiedad extranjera como elemento que jugó un papel en la constitución de la comunidad minera, no lo hace solo en cuanto elemento detonante de ciertas formas radicales de conflicto sino también en tanto contribuye a la formación de una identidad nacional en los mineros, cuestión que asumirá todo su peso en el momento en que se discutirán las políticas de nacionalización de los recursos mineros en Bolivia, Chile y Perú.